

Todo está en Nada

Ser un niño de once años, un caluroso verano, y quedarse sin vacaciones resultaba un fastidio... Carlos lo sentía así desde que su madre le había explicado que, este año, no podían permitirse veranear. Su madre era una mujer hermosa, trabajadora y dulce, se querían mucho pero siempre estaba demasiado ocupada para jugar. Carlos ya se había acostumbrado a ello, pero tres largos meses de verano metido en casa, se le hacían difíciles de soportar.

—¡Joo, mamá! ¿Ni siquiera podemos ir a ver a los abuelos?

—Carlitos, hijo, te he dicho que no insistas, este año no puede ser. Juega con tus amigos, haz lo que te gustaría hacer cuando tienes que ir a clase.

—Todos mis amigos se van de vacaciones, mamá, y lo único que quiero hacer cuando tengo que ir a clase es... ¿no ir?

Estaba enfadado y por eso decía que no quería ir al colegio. Pero su madre sabía muy bien que le encantaba aprender. A veces, se aburría porque le enseñaban cosas que él no encontraba interesantes, pero siempre, con poco esfuerzo, acababa aprobándolo todo. Además, le encantaba escribir, se le daba muy bien inventar historias y disfrutaba haciéndolo.

—Mamá, ¿no hay galletas?

—No, hijo, coge una manzana. ¡Tienes que acostumbrarte a comer fruta!

—¡Joo, mamá! ¿Es que hoy no puedo tener nada de lo que me gusta?

—Carlos, hijo mío, deja ya de quejarte, ¿no ves que mamá está ocupada? Sal a dar un paseo, llama a tus amigos o juega a la consola, pero por favor... ocúpate en algo y déjame trabajar. ¡Ah!, ¿podrías dejar de decir «joo, mamá» por todo?

Ana, la madre de Carlos, trabajaba como comercial en una inmobiliaria. La crisis económica que vivían se estaba prolongando demasiado y, desde hacía unos años, la venta de inmuebles descendía de manera estrepitosa. Por este motivo, Ana debía invertir muchas más horas que antes para alcanzar sus objetivos y se encontraba agotada, más bien exhausta, porque trabajaba duro en la oficina y, aun así, debía continuar sus tareas en casa. Muchas noches, Ana y su hijo trabajaban juntos, en silencio, mientras cada uno hacía sus «deberes».

A menudo Carlos observaba a su madre. La veía siempre preocupada, corriendo de un sitio a otro, pocas veces sonreía e incluso, en ocasiones, hablaba sola. Ana era una atractiva mujer de treinta y cuatro años que, desde que se separó de Carlos, el padre de su hijo, se había propuesto ganar el dinero necesario para salir adelante y mantener al pequeño, pero lo cierto es que se le estaba haciendo francamente difícil.

Carlos suspiró resignado:

—¡Joo, mamá, qué fastidio! —se volvió a quejar.

Eran casi las siete de la tarde y tras sentarse unos minutos frente al ordenador y leer un correo electrónico de un chico de su clase, que se despedía hasta el inicio del próximo curso, salió de casa.

Vivían en una urbanización y en su casa había un pequeño jardín con algunas preciosas plantas y árboles frutales, pero no tenían piscina. Muchas veces iba a visitar a Joan, su amigo y vecino, para hacer juntos los deberes, merendar galletas con chocolate y poder bañarse y jugar en la suya. Carlos no había hecho ningún curso pero, a su edad, nadaba bastante bien. Le encantaba ir a casa de su amigo Joan porque pensaba que él lo tenía todo: a sus padres no les faltaba dinero y siempre llevaba ropa a la última moda, móvil de nueva generación, y todo lo último que salía al mercado. Joan, sin embargo, no era un buen estudiante pero, aun así, en su casa jamás le reprendían por ello. Los padres de su amigo no eran como su madre, que siempre estaba pendiente de que aprobara los exámenes y le decía que el dinero no caía del cielo.

La familia de Joan tenía todos los ingredientes para ser felices, pero Carlos había observado que, aunque eran siempre simpáticos y agradables con él, entre ellos no se llevaban nada bien. La madre,

Clara, vivía para ir de compras y a la peluquería, pasaba el día con sus amigas y lo único que parecía importarle en esta vida era estar guapa y tener una imagen perfecta. Y el padre, Enric, también estaba casi siempre fuera de casa, viajaba por negocios o invertía su tiempo en jugar al golf con amigos. Joan vivía con absoluta libertad y todo le daba igual, parecía no echar de menos a sus padres. Otra cosa en la que se fijó Carlos fue que, en casa de Joan, merendaba siempre lo que le apetecía y ¡todo sabía mejor que en la suya! Además, no le obligaban a comer fruta...

Pero esa tarde Joan no estaba en casa. Se había ido de vacaciones y no volvería hasta dentro de un mes o mes y medio. Dependía de los países que sus padres hubieran previsto visitar ese verano. Cada año viajaban a un sitio distinto, conocían playas, montañas, ciudades y lugares nuevos, que Carlos no alcanzaba siquiera a imaginar. Le hubiese gustado cambiarse por Joan sin dudarlo, pero se daba cuenta de que su amigo no apreciaba lo que tenía y siempre se estaba quejando.

No tenía muy claro hacia adónde ir y caminó por la última calle de la urbanización en dirección a la montaña. Habitualmente no pasaba por allí, pero conocía aquel sendero porque, algunas veces, paseaban por él cuando venía de visita una amiga de su madre que tenía un perro.

No podía dejar de darle vueltas al aburrimiento que le esperaba este verano. ¿Qué podía hacer? Sus pensamientos iban y venían dentro de su cabeza. Se sentía el niño más desgraciado del mundo, estaba deseando crecer para tener un trabajo, dinero y hacer con su vida lo que le apeteciera.

Inmerso en estos pensamientos se hallaba cuando, de repente, tropezó con una raíz de árbol que sobresalía del suelo.

—¡Joo, maldita raíz! —gritó—. ¡Lo que me faltaba!

Había caído de rodillas y se había hecho una pequeña herida. Sangraba. Sentía escozor en su articulación derecha y quería llorar, pero estaba tan enfadado, que lo único que hacía era quejarse y maldecir al árbol que había encontrado en su camino. Respiró hondo y, como se encontraba un poco mareado, se sentó apoyando su espalda contra él, que era enorme: tenía un tronco tan gordo que ni entre veinte niños hubieran podido rodearlo. Era un roble milenario, lo que significaba que llevaba miles de años viviendo en la Tierra.

—¡Qué aburrimiento! —dijo para sí el niño, mientras se ponía en el lugar del árbol, pensando en la tortura que supondría permanecer mil años haciendo «nada».

—No creas que es tan aburrido —escuchó.

—¿Q... qué? ¿Cómo? ¿Quién ha dicho eso? —preguntó el niño mientras se levantaba asombrado y se giraba para mirar al árbol cuyas raíces le habían hecho tropezar—. ¿Hablas?

—No tengo boca, ¿cómo quieres que hable? —contestó, divertido, el Roble.

—Pero... me... ¡me estás hablando! A... ¡Acabas de decir que no es tan aburrido vivir mil años haciendo «nada»!

—Porque no lo es. Hacer Nada es lo mejor que puedes hacer cuando no sabes qué hacer.

—¿Un árbol que habla? —se preguntaba el niño con ironía—. ¡Tonterías, mejor me largo!

Y se dio media vuelta pensando que se estaba volviendo loco. Cojeando y dolorido, comenzó el camino de vuelta a casa.

—¿Siempre huyes de lo que no entiendes? —le preguntó el árbol.

—Sí, cuando lo que no entiendo es del todo imposible —contestó Carlos incrédulo.

—¿Por qué crees que es imposible? ¿Acaso no está sucediendo ahora? —insistía el Roble.

—¿Qué es esto? ¿Una broma? ¡Por favor!, ¿dónde está la cámara oculta?

—No, no es una broma. Soy un árbol, estoy vivo y tú también estás vivo, por eso podemos comunicarnos —le respondió.

—He visto muchos árboles durante mis once años de vida y nunca me han hablado, o estoy loco de remate o... ¿acaso estoy soñando? —volvió a preguntarse a sí mismo.

—Ni estás loco, al menos hasta que crezcas —bromeó el Roble—, ni estás soñando. No te han hablado otros árboles porque nunca has sentido curiosidad por ellos, ni te has puesto en su lugar. Hoy, sin embargo, te has sentado apoyándote en mí y has podido ponerte en mi lugar pensando en lo aburrida que debería ser mi vida haciendo Nada. Por un momento te has sentido yo, por eso hemos conectado y nos estamos comunicando. No tengo boca, así que no puede decirse que hable, pero podemos transmitirnos información.

Carlos no daba crédito a lo que estaba sucediendo, pero era cierto que se había puesto en el lugar del Roble durante unos segundos, es muy posible que con la única intención de consolarse a sí mismo, al comprobar que existían vidas aún más aburridas que la suya.

—¿Y por qué dices que no es aburrido hacer Nada? Yo intento hacer muchas cosas al día, si no me aburro... —argumentó el muchacho, algo más tranquilo.

—Verás, hace muchos años los humanos también sabíais vivir haciendo Nada. Podíais pasar horas simplemente observando la naturaleza, los árboles, sintiendo la brisa y el sol en vuestra piel y erais capaces de mantener la mente en calma. Vivíais en la quietud, en el silencio, en la paz interior... Pero ahora ya no es así, estoy seguro de que en este mismo momento, mientras hablas conmigo, tu mente está llena de pensamientos, puede que te acuerdes de tu mamá, intentes predecir qué estará preparando para cenar y si se habrá enfadado contigo por haberte quejado tanto esta tarde por lo de las vacaciones.

—¿Cómo sabes que me he quejado? ¿Lees mi mente, eres adivino?

—Yo lo sé todo sobre ti porque soy parte de ti, igual que tú eres parte de mí, pero eso te lo explicaré en otro momento. ¿Me equivoco si te digo que mientras hablas conmigo estás pensando en otras cosas? —quiso saber el Roble.

—No, no te equivocas... De hecho, pensaba en todo eso y, además, en que me olvidé de recoger la ropa tendida y me preguntaba qué dirá mamá cuando llegue a casa —respondió Carlos, sorprendido al comprobar que el árbol leía sus pensamientos.

—Por lo tanto, estás hablando conmigo, pero tu mente, tus pensamientos, están en otro lugar. Esto hace que no estés atento al cien por cien al momento presente y te hayas perdido disfrutar, por ejemplo, del precioso canto de un pajarito que acaba de iniciar el vuelo desde una de mis ramas más altas. ¿Lo has oído cantar mientras hablábamos?

—No —contestó el niño.

—No vives el presente, Carlos, estás dormido. Los humanos vivís como sonámbulos: os movéis deprisa, vais al colegio, al trabajo, al gimnasio, hacéis demasiadas actividades al día y muchas de ellas a la vez y os perdéis todo por el camino. Necesitáis tanta estimulación

ambiental, que hacer Nada os aburre. Buscáis ocupaciones para llenar los minutos de vuestro tiempo, ruidos para llenar los silencios y pensamientos para llenar los vacíos de vuestra mente. Os habéis desconectado de lo único que contiene Todo.

—¿Todo está en Nada? —preguntó el niño, confuso—. No lo entiendo...

—Es simple, Carlos, cierra los ojos y tápate los oídos. Cuenta hasta diez y dime qué sientes —propuso el Roble.

—Siento... siento mi respiración... el latir de mi corazón... Aunque no hay ruidos oigo un sonido, una especie de *ruuuunnn* como cuando escuchas el interior de una caracola.

—Ese *ruuuunnn* es el sonido de tu interior, estás escuchando tu propio cuerpo. ¿En qué estás pensando mientras sientes tu respiración, tu corazón, y escuchas ese sonido? —preguntó el árbol, de forma intencionada.

—Espera, lo intento de nuevo y te digo: *uhmmmmmmmm....* Ahora mismo no pienso en nada, no se me ocurre nada sobre lo que pensar, no lo entiendo —Carlos se había olvidado por completo de la herida de su rodilla.

—Es normal, eso pasa cuando te pones a escuchar tu cuerpo y a observar qué pasa por tu mente en un momento determinado. Es curioso que, cuando esperas a que llegue un pensamiento a tu mente, no llega. Eso, justo eso, es Nada. Eso es tener la mente en calma y ahí, en Nada, es donde se encuentra Todo lo que eres. En ese lugar, dentro de ti, es donde reside tu Auténtico Yo, el Ser o lo que llamamos Alma. Ahí vives tú, quien realmente eres y no la percepción que tú mismo tienes sobre ti.

—¿Qué es una percepción? —preguntó Carlos, queriendo saber más.

—La percepción es la capacidad para recibir, mediante los sentidos (vista, olfato, oído, gusto, tacto), imágenes, impresiones o sensaciones externas que hacen que comprendas o conozcas a algo o a alguien. O lo que es lo mismo: la imagen que tú te haces de algo o alguien a través de tus propios sentidos. La percepción es algo muy personal y única, por eso tu percepción no tiene por qué ser igual a la de tu mamá, por ejemplo. Este es el motivo por el que existen diferentes opiniones y puntos de vista sobre las

mismas cosas porque, en función de los sentidos de cada persona, la información se recibe de forma muy distinta en cada caso, ¿me explico?

—Más o menos... entonces, ¿quieres decir que no hay nadie que siempre tenga razón? ¿No existe una verdad absoluta? —preguntó Carlos para confirmar que lo había comprendido.

—¡Por supuesto que no existe una verdad absoluta! Cada persona vive su propia realidad y por eso existen diferentes opiniones en función de las distintas percepciones de cada uno. Y todo es respetable. No podemos hablar de una opinión o una situación correcta o incorrecta, ni de alguien que tenga más razón que otro, todo dependerá de cómo un individuo perciba su realidad.

—Pero vivir cada uno su propia realidad, su mundo, ¿no es estar loco?

—Estar loco, hijo, es vivir una realidad que no es la tuya o habitar un mundo separado de tu mundo interior, eso es estar loco. Pero volvamos a tu Auténtico Yo, al Ser. Cada uno tenemos una percepción de nosotros mismos que suele estar distorsionada. Te pondré un ejemplo: si tuvieras que describirte a ti mismo, ¿cómo lo harías?

—Uhhmmmm... Pues diría que soy un chico del montón aunque tirando a guapo, algo despistado y cabezota, pero majo. Mi madre dice que me quejo todo el día, que siempre estoy diciendo: «¡Joo, mamá!». Ella detesta que me queje.

—Bien, esa es la descripción que haces de ti mismo, basándote en lo que tu mamá dice que eres y en tu propia percepción. Pero ese niño que describes no es tu Auténtico Yo, es tan solo la descripción que haces de ti mismo, ¿entiendes? Tu Auténtico Yo se encuentra en Nada. Nada es tu verdadero Ser.

—¡Buff! Todo esto es muy complicado... —dijo el niño bostezando.

—Es sencillo, Carlitos, ya lo irás entendiendo. Todo en la vida es simple, sois los humanos quienes complicáis las cosas. Ahora tienes que volver a casa pues se está haciendo tarde. Pero antes de irte, ¿ves esas plantas que hay justo enfrente de ti y que tienen flores de color rosa?

—Sí —respondió Carlos, cuando las hubo localizado.

—Ve a por una de esas flores, la que esté más seca, y llévatela a casa. Cuando hayas lavado bien la herida de tu rodilla aplícatela los

pétalos de su flor, machacados, casi en polvo y verás como mañana estará mucho mejor.

Carlos se levantó aún cojeando por el dolor y arrancó la flor más seca de la planta que le había indicado el Roble. Era una jara blanca o estepa, una variedad de planta silvestre muy común en el Mediterráneo.

Sin duda, esta había sido una tarde distinta, de un verano que prometía ser muy diferente a los demás veranos que había vivido. Mientras emprendía el camino de regreso a su casa, se giró hacia el árbol y le gritó:

—¡Eh, amigo! Volveré mañana por la mañana. Hasta entonces quédate ahí, ¿vale? No vaya a ser que lleves miles de años esperando y decidas irte justo ahora que nos conocemos —bromeó el niño.

«Tu Auténtico Yo se encuentra en Nada.
Nada es tu verdadero Ser».

«Hace muchos años, los humanos también sabíais vivir haciendo Nada. Podíais pasar horas simplemente observando la naturaleza, los árboles, sintiendo la brisa y el sol en vuestra piel y erais capaces de mantener la mente en calma. Vivíais en la quietud, en el silencio, en la paz interior... ».

«Yo soy parte de ti, igual que tú eres parte de mí».

«Estar loco es vivir una realidad que no es la tuya o habitar un mundo separado de tu mundo interior, eso es estar loco».

